

## Huellas femeninas de hilos y transparencias

**Isabel Alvarado**, Curadora Colección Textil y Vestuario, Museo Histórico Nacional, y **Verónica Guajardo**, Diseñadora e Investigadora Independiente

*...Torcer y retorcer hilos sutiles  
como palabras bellas,  
y hacer con ellos rosas,  
laberintos, cadenas,  
nubes de blonda y gasa,  
redes de tul para prender estrellas...*

*Gregorio Martínez Sierra, 1907*

Entre las memorias y recuerdos familiares suelen aparecer viejas cajas, que al abrirlas revelan hilos, labores y patrones, a veces amarillos por el paso del tiempo: tejidos a crochet, a palillo, encaje a aguja, bordados, deshilados, patrones escritos y dibujados a mano. Es el caso de esta colección familiar de textiles que pertenecieron a Soledad A. y a su madre Rosa P. , que hoy son puestos en valor a través de la luz del sol en los cianotipos de Justine Graham.

La tradición del tejido del encaje y bordado femenino llegan a América de la mano de los conquistadores, por lo que tenemos que buscar sus raíces e historia al otro lado del Atlántico.

El encaje, un textil decorativo abierto, surge en Europa en el s. XVI por medio de dos técnicas simultáneas: el encaje de aguja y el de bolillos. El primero está tejido con una hebra continua y una aguja; el segundo, entrelazando muchas hebras verticales enrolladas en bobinas de madera. Fue elaborado principalmente en lino, posteriormente en seda y en hilados metálicos, seguido del algodón en el s. XIX. Estos dos tipos de encaje eran denominados según el lugar geográfico donde eran tejidos, como Bruselas, Chantilly, Creta, entre otras. Los encajes más finos involucraban el talento y habilidades de tres especialistas: el artista que diseñaba en papel; el encargado de traspasar los diseños a los patrones y el tejedor que manipulaba los hilos directamente sobre los patrones.

Este delicado tejido ha evolucionado a través de los siglos en respuesta a las variaciones de la moda europea. Como elemento decorativo ha estado presente en el vestuario masculino, femenino e infantil. Durante el s. XVI aparece en el borde de cuellos y mangas; en el s. XVII resalta en los grandes cuellos usados tanto por hombres como mujeres. En los retratos del s. XVIII, se asoman en los cuellos y mangas de las camisas de los caballeros y adornan el escote y las mangas, y en algunos casos incluso se incorporan en las faldas de las damas de las cortes reales.

El amor de los europeos por el encaje hecho a mano continuó hasta finales del s. XVIII. No obstante, con la Revolución Francesa comienza su desaparición, sobre todo después de la invención en 1809 de la máquina que ahorraba el lento trabajo manual de tejer el tul de base. A mediados de 1800, los encajes de máquina y a mano eran combinados, aplicando encaje de bolillos sobre tul mecánico, al mismo tiempo que aumentaba la cantidad de diseños disponibles en la creación del encaje mecánico.

Cuando se produce la simplificación de siluetas y trajes, a fines del s. XVIII, los estilizados vestidos se acompañan con finos echarpes y fichús de encaje. En este período la moda masculina es más sobria,

desprovista de adornos, y no contempla su uso. Durante todo el s. XIX el encaje está presente en la moda femenina, ya sea en accesorios como cuellos, pañuelos, mantillas y abanicos o adornando las faldas de crinolina. Hacia fines de siglo todavía se podía ver en escotes y mangas de los trajes de baile.

Alrededor de 1900 los encajes se ponen de moda y se inicia el siglo con profusión de encajes negros y blancos o combinados, que cubrían todo el cuerpo, conviviendo con gasas livianas y tules. También en esta época se usan en sombrillas y abanicos. Mención aparte merecen en los elaborados trajes de novia y trajes de bautizo, heredados de generación en generación, donde destaca el uso de finos encajes que acompañaban delicados bordados.

### **El espacio de creación**

A fines del s. XIX y comienzos del XX el espacio público era prioritariamente masculino, lo que relegaba a las mujeres al espacio privado. En la sociedad tradicional de la época, especialmente en las familias de elite, se consideraba que las mujeres debían permanecer en el espacio íntimo, consagradas a ser buenas madres, esposas y dedicadas dueñas de casa. Dentro de su educación las tareas domésticas y las llamadas “labores de mano” eran esenciales. En este contexto de lo cotidiano las mujeres se dedicaban al bordado, la costura y el tejido en distintas técnicas, como encajes a crochet, a bolillos, a la aguja, frivolidé y tejido de punto o palillos.

El aprendizaje de estas labores se realizaba por transmisión de madre a hija, de abuela a nieta o también a través de la educación formal. En el colegio, la profesora enseñaba las distintas técnicas y labores, al mismo tiempo que las niñas aprendían los indispensables rezos.

Esta labor fue arrebatada paulatinamente del mundo doméstico por el desarrollo de la textilera industrial. A finales del s. XIX, la mujer empezó a abandonar aquella total dedicación al hogar, en especial a las “labores de mano”. A medida que avanzó el nuevo siglo, las ropas se empezaron a vender hechas, y la confección casera devino en un lujo sin sentido, por el tiempo necesario para su elaboración. La mujer se convirtió en consumidora, y empezó a comprar lo que antes había hecho en casa con sus propias manos expertas.

A pesar de todo esto, aún existen mujeres que valoran y custodian la herencia de siglos de técnicas de elaboración de tejidos y bordados, ya sea trabajando en grupo o al interior de sus hogares. Y el encaje, fruto de una silenciosa y minuciosa labor femenina o resultado de alguna ingeniosa maquinaria, sigue siendo un producto apreciado por su belleza y frágil materialidad, elemento digno de ser conservado y apreciado.

